

animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa, porque como hablan se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón; á la simple vista huye el primero del segundo, y este es el orden. el único orden posible Déseles el uso de la palabra; en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás, á quienes creen que importan. El león más fuerte subirá á un árbol y convencerá á la más debil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrio, sino para obedecerle á él: y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán no evitarlas sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano, á quien solo mataba para comer, matarále despues para una cinta blanca, ó encarnada. Déles V., en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: estos se dejarán degollar porque los mande uno solo,

afición que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno sólo, lo cual no me parece gran triunfo: aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna; allá no habrá diferencia de cunas..... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados, no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad..... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Dígale V. que tiene talento.—¡Cierlo! exclama en su interior.—Dígale V. que es el primer ser del universo.—*Seguro*, contesta.—Dígale V. que le quiere.—*Gracias*, responde de buena fé.—¿Quiere V. llevarle á la muerte? trueque V. la palabra, y dígale: «*te llevo á la gloria*»: irá.—¿Quiere V. mandarle? dígale V. sencillamente: «*yo debo mandarte*».—*Es indudable*, contestará.

He aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán y no palabras. *El hambre ¡oh lobos!* decidles, *se ha acabado: ahogado el mónstruo para siempre. ...!*—*Men-*

*tira. gritarán los lobos..... al redil; el hambre se quita con cordero. ...—La hidra de la discordia, oh ciudadanos! dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte: el orden de hoy más será la base del edificio social: ya asoma la aurora de la justicia por que sé yo que horizonte: el iris de paz (que no significa paz) luce despues de la tormenta (que no se ha acabado) de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomun..... etc. etc. ¿Ha dicho V. hidra de la discordia, justicia, procomún, iris, horizonte y legalidad? Ved en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.—¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese V. el tiempo que quiera: con solo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma V. tranquilo sobre sus laureles.*

Tal es la historia de todos los pueblos, tal es la historia del hombre... . palabras todo, ruido, confusión; positivo, nada, ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

(Obras.)

D. JOSÉ SELGAS.

La cara.

He aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay nadie que pueda verse la cara sin el recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: «voy á ver quien soy yo » Conócete á ti mismo, ha dicho la antigüedad con la voz de la filosofía.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay más superficial que un espejo, y sin embargo, antes que la antigüedad y que la filosofía había dicho al hombre: «mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto, es el que continuamente nos está diciendo: esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo

O en términos más breves:

«Aquí estas.»

Los espejos son los que todos los dias se nos ponen delante para repetirnos: esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

O de otro modo más completo:

«Tú eres, tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazón de muchas mujeres, solo reproducen la imágen que tienen delante.

Suprímense los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que es preciso comprobar todos los dias á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de ser clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una *i* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba, nos sirve como de título por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea, que soío se le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldría á decir: ningún tarro primorosamente labrado puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que, por medio de una maravillosa fotografía, ha ido á grabarse en el corazón.

Para una madre nada hay más bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer más hermosa, no vale tanto como la cara de la mujer más querida.

Repase cada uno su memoria y es posible que todos encontremos algún recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serían tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte, es una imperfección, al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay más que las de las mujeres.

Nosotros solo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento, pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento, y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates; ni Neron cara de tigre

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que va pregonando por todos los sitios que atravesamos, más á cada uno se nos permite el uso especial de una colección de caras, según los casos y las circunstancias.

He aquí una cara cuyas líneas puede trazar cada uno segun su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á

un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos fastidiosos.

Mírese bien y se verá una cara de fastidio.

Llaman á la puerta, se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo renglón que dice: «Amigo mío, nos ha caído la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañón de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte por la acción química de su rayo de luz en una cara de pascua.

Otra vez llaman á la puerta y otra carta penetra en la habitación.

Es una carta escrita por las cuatro carilla.

Su vista empieza á devorar renglones, y la cara de pascua, por un movimiento casi imperceptible, se va transformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

Tambien podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven como las murallas para cerrar el paso á todo.

Pero las más útiles son las caras de baqueta, porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien y vereis que tiene una cara para mirar á su padre y otra para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora; ¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

»

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros.

(Revista española—número correspondiente al 15 de Abril de 1902.)



SECCIÓN SEGUNDA.

ORATORIA.

I.

ORATORIA SAGRADA.

V. P. FRAY LUIS DE GRANADA

Sermón en la fiesta de la Resurrección del Señor.
Consideraciones sobre el Evangelio.

1.º Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. Todos los días hizo el Señor que hizo el tiempo; mas este se dice particularmente ser obra del Señor, porque en él acabó la mas excelente de todas sus obras, que fué la obra de nuestra redención. Pues asi como esta se llama por excelencia obra de Dios por la ventaja que hace á todas las obras, asi también se llama día de Dios, porque en él se acabó esta mas excelente obra de Dios.

También se dice que este día hizo el Señor, porque todo lo que se celebra en este dia es obra suya. En las otras fiestas y misterios del Salvador siempre se mezclan cosas que nosotros hicimos; siempre hay en ellas alguna cosa de pena, y la pena es hija de la culpa, obra nuestra. Mas en este



misterio no hay cosa de pena, sino destierro de toda pena y cumplimiento de toda gloria: todo puramente de Dios.

En tal día como este, ¿quién no se alegrará? En este se alegró toda la humanidad de Cristo, alegráronse los discípulos de Cristo, alegróse el Cielo, alegróse la tierra; hasta al mismo infierno cupo parte de esta general alegría

2.º Mas claro se mostró el sol en este día que en todos los otros, razón fué que sirviese al Señor con su luz en el día de su alegría, como le sirvió escondiendo sus rayos en el día de su pasión. Los cielos que se cubrieron de luto viendo padecer á su Señor, por esconder su desnudez, en este día con doblada caridad resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Alégrese, pues, el cielo; y tú, tierra, toma parte de esta alegría, porque mayor resplandor nace hoy del sepulcro, que del mismo sol que alumbra en el cielo. Dice un doctor contemplativo que todos los domingos, cuando se levantaba á los maitines, era tanta el alegría que recibía con la memoria del gozo de este día, que le parecía que oía una música general de todas las criaturas del cielo y de la tierra, que decían: En tu resurrección, Cristo, *Alleluya*: los cielos y la tierra se alegran: *Alleluya*.

Pues para sentir alguna cosa del misterio de este día, considera primeramente cómo el Salvador, acabada ya la jornada de su pasión, con aquella caridad que subió por nosotros en la cruz, con esa misma descendió de la cruz á los infiernos, para dar cabo á la obra de nuestra redención; porque así como tomó por medio el morir para librarnos de la muerte, así el descender á los infiernos para sacar de allí á los suyos.

Bajada de Jesus á los infiernos.

3.º Descendió, pues, el noble triunfador á los infiernos vestido de claridad y fortaleza, cuya entrada escribe un santo doctor por estas palabras: ¡Oh luz hermosa, que resplandeciendo de lo alto vestiste de súbita claridad á los que estaban en las tinieblas y sombra de muerte! Porque en el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y

toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los principes de Edom, y temblaron los poderes de Moab, y pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos, en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso? ¡Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno! ¡Nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo, nuestro tributario! Acreedor es este, no deudor: quebrantador nuestro, no pecador: juez parece, no culpado: á pelear viene, y no á penar. Decid: ¿á dónde estaban nuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió nuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede? Si este fuera culpado no sería tan osado. Si tuviera alguna oscuridad de pecado, no resplandecieran nuestras tinieblas con su luz. Mas si es Dios, ¿qué hace en el infierno? Si es hombre, ¿cómo tiene tanto atrevimiento? Si es Dios, ¿qué hace en el sepulcro? Y si es hombre, ¿cómo despoja nuestro limbo? ¡Oh cruz, cómo tienes burladas nuestras esperanzas y causada nuestra perdición! En un árbol alcanzamos todas nuestras riquezas, y ahora en el de la cruz las perdimos.

4.º Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos: allí estaban recogidas todas las almas de los justos, que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otro quebradas las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fé y la esperanza. Allí estaba aquel santo viejo que con la fábrica de aquella grande arca guardó los que despues volvieron á poblar el mundo, acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios, y en

su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña en que había de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo Padre de las doce tribus, que ganando con ropas ajenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la Humanidad y Encarnación del Verbo Divino. Allí estaba también como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el Santo Bautista, y el bienaventurado Simeón, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él, y recibirlo en sus brazos, y cantar antes que muriese suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenía también su lugar el pobrecillo lastimado Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan dulce compañía y esperanza.

5° Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día; y en medio de todos ellos (como maestro de aquella capilla) aquel santo rey y profeta David repelía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios. Fuéronme mis lágrimas pan de día y de noche, mientras dicen á mi alma: ¿á dónde está tu Dios?» Oh santo rey, si esa es la causa de tu lamentación, cese ya ese cantar; porque aquí está ya tu Dios presente, y aquí está tu Salvador. Muda ya ese cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra; sacaste de cautiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas. «Y tú, santo Jeremias, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo; porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Jerusalem por todo el mundo renovada.

Pues como aquellas dichosas almas vieron ya sus tinieblas alumbradas, y su destierro acabado, y su gloria comenzada, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintieron? Cuando veras, viéndose ya fuera del cautiverio de Egipto, y anegados sus enemigos en el mar Bermejo, cantarían todos

diciendo: «Cantemos al Señor que gloriosamente triunfó, pues al caballero y al caballero arrojó en la mar.» Con qué corazón aquél primer padre del género humano, derribado ante los piés de su hijo y Señor, diría «Viniste ya muy amado y deseado Señor, tan esperado, á remediar mi culpa: viniste á cumplir vuestra palabra, y no olvidaste á los que en vos esperaban: vuestra grande piedad venció la dificultad del camino, y la grandeza del amor la de los trabajos y dolores de la cruz.

6.º No se puede con palabras declarar el alegría de estos santos padres; mas sin comparación era mayor la del Salvador, viendo tan grande número de almas remediadas por su pasión. ¡Oh cuán por bien empleados dió entonces todos los trabajos de su vida y los dolores de su muerte? ¡Cuando vió el fruto que comenzaba á dar aquel sagrado árbol de su cruz! ¡Con dos hijos que nacieron al santo patriarca Joséph en Egipto olvidó todos sus trabajos; y para significar esto llamó al primero Manasés, diciendo: «Hízome el Señor olvidar todos mis trabajos y la casa de mi padre.» ¿Pues qué sentiría el Salvador cuando se viese cercado de tantos hijos, acabado el martirio de la cruz? ¿cuándo aquella preciosa oliva se viese rodeada de tantos y tan hermosos pimpollos?

Resurrección de Jesús.

7.º Mas, ¡oh Salvador mío! ¿qué haceis que no dais parte de vuestra gloria á aquel cuerpo santísimo que está aguardándoos en el sepulcro? Acordaos, Señor, que la ley del repartimiento de los despojos dice que quepa igual parte al que quedó guardando el bagaje, como al que entó en la batalla. Vuestro santísimo cuerpo quedó aguardándoos en el sepulcro, y vuestra alma santísima entró á despojar el infierno: repartid, Señor, con él de vuestra gloria, pues habeis vencido la batalla.

Estaba el santo cuerpo en el sepulcro, con aquella lastimosa figura con que lo habia dejado la sacratísima ánima, tendido en la losa fría, amortajado y cubierto su rostro con un sudario, descoyuntados todos sus miembros. Era ya más

de la media noche, y quiso el sol de justicia anticipar al de la mañana, y tomarle en este camino la delantera. En esta tan dichosa hora entró aquella gloriosa ánima en aquel cuerpo santísimo; y qué tal (si piensas) le devolvió? No puede esto explicarse; mas algo se puede entender por un ejemplo. Acontece estar una nube oscura en la parte del Poniente al tiempo que el sol se vá á poner; el cual, tomándola delante y hiriéndola con sus rayos, la pone tan dorada que compite con él en hermosura. Pues así, después que aquella ánima gloriosa, se envistió en aquel santo cuerpo, todas sus tinieblas convirtió en luz y toda su fealdad en hermosura, y del más afeado de todos los cuerpos hizo el más claro y hermoso. De esta manera salió el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y dechado de nuestra resurrección.

8.º Esta salida figuró el patriarca Joseph cuando salió de la carcel, y le trasquilaron sus cabellos, y vistieron de ropas reales, y le pregonaron gobernador de toda la tierra de Egipto. Aquí sale el Señor trasquilados los cabellos de su inmortalidad, vestido de ropas de gloria, Señor de todo lo criado. Este el santo Moises, sacado de las aguas y de la pobre canastilla de juncos, que después vino á destruir todo el poder de Faraón. Este es el santo Mardoqueo, despojado ya de su saco y cilicio, vestido de ropas reales; el cual, vencido su enemigo y crucificado en su misma cruz, libró á todo su pueblo de la muerte. Este es aquel santo Daniel, salido de entre los leones sin haber recibido daño de las bestias hambrientas, y fué vengado de sus enemigos. Este es aquel valeroso Sansón, que estando encerrado en la ciudad, se levantó á media noche y se llevó consigo las puertas, dejando burlados todos sus adversarios. Este es aquél Santo Jonás, entregado á la muerte por librar de ella á sus compañeros; el cual, entrando en el vientre de aquella gran bestia, al tercero dia salió en la playa de Ninive, con cuya predicación escaparon de las divinas amenazas. ¿Quién es este que entre las quijadas de la bestia carnícera no pudo ser mordido de ella, y engolfado en los abismos de las aguas gozó de los aires de

vida? ¿El que sumido en el profundo la misma suerte le sirvió? Este es nuestro glorioso Salvador, á quien arrebató aquella cruel bestia insaciable, que es la muerte; la cual, después que le tuvo en la boca, conociendo la presa, no la pudo tener. Porque aunque la tierra después de muerto le tuvo, hallándolo ageno de culpa, no pudo tenerlo, porque no la pena, sino la culpa, hace al hombre infame.

Aparición de Cristo á la Virgen Maria.

9.º Ya, Señor, habeis glorificado esa carne santísima que con vos padeció en la cruz: acordaos que también vuestra santísima Madre es vuestra carne, y que también padeció ella viéndoos padecer en la cruz. Sentencia es de vuestro apóstol que los que fueron compañeros de vuestras penas, también lo serán de vuestra gloria. Serenad, Señor, aquel cielo oscurecido, descubrid aquella luna eclipsada, deshaced aquellas espesas nieblas de su alma entristecida, enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos, mandad que vuelva el verano florido después del tempestuoso invierno.

10.º Estaría la santísima Virgen en aquella hora orando y esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona daba voces al hijo muerto, diciendo: «Levantaos, gloria mia: levantaos, salterio y vibuela: volved triunfador al mundo: recoged, buen pastor, vuestro ganado: oid los clamores de vuestra afligida Madre; y pues estos fueron parte para os hacer bajar del cielo á la tierra, estos os hagan ahora subir del infierno al mundo.»

En el medio de estas lágrimas y clamores resplandeció súbitamente el aposento con la luz gloriosa, y pónese el Hijo delante de su Madre vivo y glorioso. No sale tan hermoso el lucero de la mañana, ni resplandece tan claro el sol del mediodia como resplandeció en los ojos de la Madre aquel rostro lleno de gracias y aquel claro espejo de la gloria divina.

Vió aquel sacratísimo cuerpo resucitado y glorioso, despedidas todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos divinos ojos, restituida y acrecentada su primera

hermosura. Las aberturas de las llagas que á la Madre habían sido espadas de dolor; ya lo son fuentes de amor. Al que había visto penar entre los ladrones, ya ve gloriosa entre las aïmas santas y ángeles. Al que lo encomendó de la cruz al discípulo, ve cómo ahora extiende sus brazos y la regala con dulce paz en su rostro. Al que de la cruz recibió muerto en sus brazos, ve ahora resucitado ante sus ojos. Tiénelo y no lo deja; abrázalo, y pídele que no se le vaya. La que al pié de la cruz, enmudecida de dolor, no sabía qué decirle, ahora, enmudecida de alegría, no le puede hablar.

11 ° Qué lengua podrá decir, ó qué entendimiento comprender á dónde llegó este gozo? No podemos entender las cosas que exceden nuestra capacidad sino por otras mas bajas, haciendo como escalera de lo bajo á lo alto, y congeturando las unas por las otras. Pues para sentir alguna cosa de esta alegría, considera la que recibió el santo patriarca Jacob cuando, despues de haber llorado con tantas lágrimas por muerto á Joseph, su amado hijo, le dijeron que era vivo y gobernador de toda la tierra de Egipto. Dice la divina Escritura que cuando le dieron estas nuevas, fué tan grande su espanto y alegría, que como quien despierta de un profundo sueño, así no acababa de entrar en sí, ni creer que estaba despierto y que no soñaba, y que era verdad lo que sus hijos le afirmaban. Y cuando ya lo creyó, dice la Escritura que su espíritu volvió á revivir de nuevo, y que dijo estas palabras: Si Joseph mi hijo es vivo, solo este bien me basta; iré y verle he antes que me muera.

Decidme, pues, ahora: si el que tenia consigo otros once hijos tanta alegría recibió de saber que uno solo que él tenía por muerto, y de cuya muerte ya estaba consolado, era vivo ¿cual fué la alegría de la Sacratísima Virgen, que no tenia más de uno, y este tal y tan querido, cuando despues de verle muerto tan cruelmente, y ella tan lastimada, y su dolor tan reciente, le viese súbitamente delante de sí resucitado y tan glorioso y señor de todo lo criado? ¿Hay entendimiento que pueda entender esto? Verdaderamente fué tan grande este gozo, que no lo pudiera su corazón su-

frir, si con particular milagro no fuera contortado por Dios.

¡Oh Virgen bienaventurada! Básteos, Señora, solo este bien; básteos que vuestro hijo sea vivo, y que le tengais delante y le veais antes que salgais de esta vida, para que no os quede mas que desear. ¡Oh, Señor, y cómo sabeis consolar á los desconsolados por vuestra causal! Ya no le parecia grande aquella primera pena en comparación de esta alegría. Si asi consolais á los que por vos padecen, bienaventuradas y dichosas todas sus pasiones, pues asi por vos han de ser remuneradas.

(Obras.)

R. P. FRAY TOMÁS CÁMARA.

A medida que el racionalismo restringe y ahoga la razón del hombre, la fé católica la consolida y engrandece.

Señores:

Cuando, dominados por la grandeza de un acontecimiento que ha pasado ante nuestros ojos, quedamos sobrecogidos y suspensos; el espíritu se reconcentra y coarta, para elaborar en escondido retrete un pensamiento fecundo, que exprese y comprenda la enérgica impresión recibida. Lo propio nos sucede, acabadas de recorrer las páginas vivas de un libro, de oír, envueltas en embelesadoras melodias, los lamentos y convulsiones, de un alma angustiada, de escuchar las arrebatadoras frases de una lengua de fuego.

Es natural, y luego de elaborar la idea, la manifestamos en manera de explosión con redoblada energía.

Yo he de ser extremadamente ingenuo y franco con vosotros, que tantas señales de benevolencia me habeis significado. A la vista del cuadro lastimoso de la humanidad caída, desarrollado en la pasada conferencia; y los raudales de luz purísima y consoladora que por donde quiera esparcía la revelación, venida del cielo como de un soplo y aliento vivificador de Dios; y los espacios que se ensanchaban tanto

para la filosofía como para el genio del arte; yo me sentí lleno, conmovido, espantado. Bien que esto de llenarse y rebosar el alma, depende principalmente de la capacidad de la medida, y el vaso de mi inteligencia rebosa pronto.

Habíamos entrado en las regiones del arte, previniéndonos el augel de la luz, la antorcha de la fé alzada; cuando la lira del vate cristiano, que resonaba en el sagrado lugar nos arrebató á ponderar la hermosura de la bienaventuranza eterna, y llegó el punto de abismarse el pensamiento y ahogarse la palabra en la garganta.....

El tema desenvuelto, iluminado por los testimonios repetidos de la luz más copiosa y subitánea, ¿por qué no decirlo? labró profunda huella en mi ánimo. La idea dominante del discurso y las consecuencias que se destacaban y desprendían en mi mente ardorosa, ya estaba á punto de formularlas en una proposición; si por el encadenamiento de ideas no me ocurriera otra nueva que, derivada igualmente de lo allí demostrado, suponía un paso más, revuelto y vigoroso, en la série de las conferencias.

La idea es de vosotros conocida: el tema que esta tarde he de desenvolver apretando el nudo estrecho y lazo amoroso de amistad y unión, que ha mediado siempre entre la religión y la ciencia, el entendimiento y la fé ;Y qué complacencia experimentaré en repetirla! La saboreo con mayor deleite que fresco panal de miel, dice así:

«A medida que el racionalismo filosófico restringe y ahoga á la razón del hombre, la fé católica la consolida y engrandece.

En el sonar de las palabras, resultará paradójico que el racionalismo ahogue á la razón; y que por el contrario la fé, descrita en los símbolos por la matrona de los ojos vendados, la ensanche y fortifique. Pero á bien, señores, que yo no os he de suplicar, por el momento, más que el uso y ejercicio de la delicadeza y amabilidad, de que habeis dado muestras inequívocas. Escuchadme con atención generosa, para la cual me faltarán siempre palabras de agradecimiento; y en vuestras manos dejo confiado el fallo y resolución de mi importante causa, que además prometó

ser menos pesado que las anteriores veces. ¡Favorézcame el cielo con sus liberalidades, para explicarme ante vosotros explicando y glorificando á la verdad!

Señores:

Decíamos primero que el racionalismo filosófico restringe y ahoga la razón del hombre. Pronunciándose un vocablo, que es todo un emblema en las escuelas, bandera en las lides filosóficas; comprendereis que, mejor que agitarla en los aires locamente, convendría ondularse á nuestra vista gallarda y serena, á fin de aprender y estimar, cual cumple, su color y significación. Dibujemos la fisonomía del racionalismo, conozcamos abiertamente su naturaleza, para no azotar en balde el viento y seguir los saltos de espectros impalpables. El racionalismo se acompaña, por lo pronto, de pomposo título y renombre; y parece anunciarse como soberano de vasto imperio, autónomo, feliz é independiente. Pero con las facultades que nos ha dado, le despojaremos de la rozagante vestidura de su nombre, para examinarle al descubierto y en la realidad de su esencia.

El racionalismo significa un sistema ideológico que, por punto general, no admite otras fuentes de conocimiento que la razón humana. Según los grados de templanza ó exageración en este punto, constituye á la razón en mas ó menos árbitra de la verdad; y desde luego, todas las escuelas del racionalismo coinciden en rechazar, en el orden moral y religioso, otra luz ni otro criterio que la lumbre de la inteligencia. Ni se reconoce el prestigio ni influencia de las intituladas autoridades científicas.

Así podemos considerar el racionalismo como sistema ó escuela; pero sus enseñanzas y sus fines no se enderezan á permanecer en pura teoría, sino á encarnarse en el individuo, á trocar á todos los hombres en autónomos de su razón y sus luces, y que vivan gobernados por sus propias y exclusivas inspiraciones. Apellidáramos á esta aplicación del sistema, *racionalismo individual*.

¡Ah! Importa mucho comprender que el racionalismo de la escuela y de la teoría, ha de parar, por fuerza de su mis-

ma doctrina y tendencia, en racionalismo individual. Porque ¿qué hace á mi caso el que los genios poderosos de Newton y Aristóteles descorran el velo á las leyes del universo y la inteligencia, si yo no alcanzo á rastrear su demostración? ¿Diré, por ventura, que son conquistas de la razón humana? ¿De cuál razón, mientras la mía no la preste el sello de su asentimiento?

Así lo entienden y practican los prosélitos de la escuela. No hay más que abrir las páginas de sus lucubraciones, para persuadirse de que los discípulos juzgan y aquilatan la doctrina de sus maestros; y cada cual sale, como nota discordante, en la manera de entender y aun expresar el racionalismo; ni habrá sistema en donde las opiniones sean mas en numero ni divergentes tampoco.

Tenemos, por tanto, averiguado y consentido que el racionalismo, si algo vale y significa, ha de ser en sentido práctico é individual.

A cualquier entendimiento, de abundantes ó exiguas luces, á cualquier menguado ingenio, le será lícito poner en sus abultados labios esta frase: «Soy racionalista, yo no reconozco más fuentes de la verdad que mi razón. ¿O á qué grado de ilustración puede el hombre constituirse en racionalista?»

Ahora vosotros, para quienes está patente el ordenamiento y tejido de la sociedad humana, en la que tan á las claras manifestamos la necesidad de depender unos de la palabra y honradez de otros; y que habeis visto los estudiosos acrecentar sus tesoros científicos, y llegar á honrarse con título de sabios por el auxilio solamente de la fé, decidme; si las gentes privadas de cultura hubieran de practicar las enseñanzas del racionalismo, ¿no se convirtieran al momento en petrificadas estatuas?

Por grande fortuna de la razón la humanidad se gobierna por leyes acertadisimas, que son luz pura y el juicio obvio de todos los entendimientos; y á nadie, en uso cabal de sus facultades, le ocurre practicar, en los negocios de la vida, doctrina tan extravagante y ruinosa. Antes convendría estrechar á los racionalistas á poner por obra sus dogmas;

aplicándolos á la vida material, al comercio y trato con los hombres: de tal manera, que nada se les permitiera ejecutar, sin que precediera la demostración clara de sus raciocinios. Solamente, que de un modo se expresan con los labios y en la cátedra; y de otro, plagiando á Pirro, campan y prosperan, alternando con los demás mortales.

Pero dejemos aparte extrañas inconsecuencias, y no es poco prescindir. Desamparemos á la generalidad de los indoctos, que es desamparar á casi toda la humanidad; y entremos de lleno en consideraciones y examen con los cultivadores de la ciencia.

Desde luego el racionalismo es nada benemérito de los estudios experimentales, y reduce el campo dilatado de nuestras investigaciones por su desprecio insensato del conocimiento sensitivo.

Hegel enseña que las nociones finitas, fundadas en el orden real de los seres, son inadecuadas á la verdad y hacen imposible el conocimiento de las cosas.

Schelling llama al conocimiento de los sentidos, el más bajo, más superficial y confundido de la contemplación del mundo, sin dar á estas frases el sano sentido que tienen en las escuelas sensatas.

Kant, finalmente, y los diversos partidarios de la doctrina racionalista, si están acordes en alguna cosa, dice De Gerando, es en su desprecio de la filosofía realista.

Vosotros, sabios, entregados á la observación de la naturaleza, para arrancarla sus secretos; los que enlazáis las islas con puentes tubulares, los cuales recorren triunfantes las locomotoras; los que abris tuneles submarinos y perforais las montañas; los que reunis en animada tertulia á apartados habitantes del globo mediante el teléfono; los que sacáis la voz humana, con sus frases y variadas expresiones, sus risas y lamentos, de un cilindro de hierro cubierto de hojas de estaño: ¡temblad! vosotros estais heridos del anatema lanzado por los racionalistas.

¡Y tantos himnos entonados al método de Bacón, que trazó la senda encaminada á los sorprendentes descubrimientos, para salir á la postre el racionalismo anatematizando el

conocimiento sensitivo, el método de las experiencias....!

¿Y el arte? ¡Ah! Las concepciones artísticas admirables, suponen ardoroso calor en el alma, sensibilidad exquisita del corazón; y el racionalismo es solo cálculo y frialdad.... si tiene corazón, lo lleva en la cabeza como las serpientes, allí inmediato á las glándulas que segregan el veneno.

Al conocimiento de los sentidos llana el racionalismo fenómenos; á las concepciones del arte, ilusiones de visionarios.

Ya que he averiguado, señores, vuestros rasgos de bondad, me atrevo á poner á prueba vuestra paciencia. Ejercitadla conmigo; y perdonando tanto dislate, cerremos los ojos, tapémonos los oídos, y envueltos en la nube de oscuridad y silencio, subamos á la contemplación de la razón pura

Recordemos á este propósito, la explicación de las esferas del entendimiento humano, de que hablamos en las conferencias anteriores. Posée la razón un campo de intuición y evidencia clarísima; otro más amplio de discurso, que por esfuerzo del ingenio se va ensanchando; y otro amplísimo, cuantos son los conocimientos de todos los hombres, cuanto es además el vastísimo de la revelación; por donde con toda holgura puede explayarse, bien llevado de la mano de la fé humana, bien en alas de la fé divina.

El racionalismo se proclamará todo lo independiente que le plazca; pero de ser lógico, se encierra y reduce él mismo en dos estrechos círculos de conocimientos: el de intuición y el del propio raciocinio. Examinemos ahora la amplitud y cualidad de estos campos de la razón.

El campo de la intuición resulta tan menguado que apenas si excede de las nociones elementalísimas, de los primeros principios de la ciencia.

Y así advertimos que, en aritmética, disputan los matemáticos si los primeros teoremas de los números se han de demostrar ó nó; y en geometría, fuera de anunciarnos que la línea recta es la mas breve de todas, y tal cual otro axioma ó postulado, los restantes, llevan su aparato y forma de demostración. En filosofía, no hay para qué notar que, sal-

vos tres ó cuatro principios. en las demás proposiciones se ejercita laboriosamente la razón para dilucidarlas y comprenderlas

Señores, y hasta ahora no salimos del nivel de los rústicos.

El campo del discurso, propio y riguroso de las ciencias; indudablemente es más extenso; pero también oscuro; y pendiente, en la amplitud, del valimiento de la razón individual. Dicho es, sin embargo, de los filósofos, que apenas nos apartamos de los primeros principios á las consecuencias algún tanto remotas, y á las veces no remotas, se echa de menos la luz, comienzan las opiniones diversas, y cada cual abraza lo que más le place.

Señores: el campo por donde la razón individual puede espaciarse segura, medido con el compas de la misma ciencia, resulta estremadamente corto; y comparado con el abierto á los estudios de la experiencia, comparado con el recorrido por la fé, tan insignificante aparece, como un punto del globo respecto de las regiones inmensas del universo.

¿No es verdad que el racionalismo restringe la razón del hombre?

Prosigamos en nuestro análisis. La filosofía racionalista se ha mostrado tan ensimismada y atrevida, que, como Nerón, ha querido crear sus ojos contemplando las entrañas de su madre; sin reparar en el horror y la muerte, que forzosamente había de originar al principio de su vida. Tan aprisionada se estimó en el corto espacio por ella trazado, que comenzó su labor por los trabajos de prueba y zapa en los cimientos del saber, ó sea en los principios luminosos é indemostrables. Y no obstante de deslumbrarla cuantas veces la escuela racionalista los miraba de hito en hito; ha pretendido acercar sus párpados tan temeraria á la luz, que retrocedió por fin, escarmentada y ciega. Y ahora: lo que es solamente ceguera de sus ojos, atribuye á los fundamentos del saber; negando su claridad y su esplendor, y más aún, la realidad objetiva.

Harto sabeis, señores, que existen principios en las cien-

cias de brillo tan puro, de cristal tan limpio y trasluciente, que claman á gritos al espectador:—No me toques, que me empañarás—Y el racionalismo, no obstante, se ha conducido con tan escaso tino y delicadeza, que los ha manoseado todos, empañado y deslucido. Y luego se lamenta y duele ¡insensato! de que perdieron su brillo y transparencia.....

No ha llegado á alcanzar el racionalismo que las verdades tienen su punto de vista, como los lienzos primorosos. Si os alejais de un cuadro, notareis solamente una confusa figura; acercándoos demasiado, coloradas manchas; pero colocados desde su punto de vista, vereis la maravilla, admirareis el primor.

Así á la verdad que nace espontánea é ingenua al primer movimiento de la razón, no la violenteis con retorcido exámen, que se desvanecerá muchas veces en oscuras nieblas. Si, por ejemplo, es verdad que una y una son dos, ¿á qué esforzarse todavía en demostrar lo indemostrable? ¿Para qué llevar el análisis á lo que, apenas caído en la mano, se evapora? Si el terreno, á todas luces firme, no sirve para edificar, ¿dónde asentaremos los cimientos? En ninguna parte. No hay edificio posible; ni hay ciencia para el racionalismo, como no hay razón ni entendimiento; cuanto nos rodea lo considera puro fenómeno ó ilusiones de imaginación acalorada.

¡Ah señores! ¿Imagináis, por ventura, que hablo sin fundamento? Ya se levantarán los creadores del racionalismo á darme sus votos. Su primer paso es encerrarse en el castillo mortífero del idealismo.

Kant reduce las nociones humanas á meras representaciones de las cosas; cuanto conocemos, lo conocemos, observa, modificado por nuestras facultades.

Reinhold no es menos idealista que Kant. Bien puede decirse que si el sistema de Kant no nos concede más que apariencia de las cosas, el de Reinhold no nos ofrece sino las apariencias de nuestros pensamientos.

Oigase cuan desesperadamente habla Fichte de la realidad de los seres: «Si dijere alguno:—estas cosas existen realmente porque yo las veo, yo las oigo,—¿quién sabe si

su atrevida afirmación y su firme creencia le engaña? Así que nosotros le responderemos, una vez para siempre, con la siguiente, categórica, franca y nada equívoca negación: —No; las susodichas cosas no existen, precisamente porque el ojo las vió, porque el oído las percibió.»

Schelling, al identificar lo ideal con lo real, en su *Absoluto*, reduce los seres á meras formas y representaciones del ser inconcebible, exclusivo de su fantasía, que no es finito ni infinito, ser ni conocimiento, sujeto ni objeto. «Dos caminos conocidos, dice, existen para hurtar el cuerpo á la realidad: la poesía, que nos lleva á regiones ideales, y la filosofía, que hace desaparecer el mundo real de nuestra vista.»

Asimismo, Hegel sienta el principio de que lo real es racional, y lo racional real. Error es, nos asegura, el creer que la filosofía especulativa rechaza el principio de que «nada hay en el entendimiento que antes no estuviera en el sentido;» le admite, y al propio tiempo proclama al inverso: «Nada hay en el sentido que antes no se hallara en el entendimiento.»

El racionalismo condena, por tanto, á la razón á vivir y alimentarse de ilusiones

Y no solo la quiere visionaria, sino desesperada y suicida. A ejemplo de Kant, que emplea á veces el lenguaje del escepticismo, asegurando que no puede demostrarse ni el pro ni el contra de verdades tan obvias y augustas como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y otras suprasensibles; Schulce, invoca los fueros de la razón y declara imposible la investigación del origen de nuestros conocimientos, é ilusorios todos los sistemas para conseguirla. Salomón Mainón busca el apoyo de su doctrina escéptica en los principios del sistema racionalista y kantiano.

Con sobrada razón afirma el historiador de la filosofía, Tenneman, que el racionalismo estrecha la esfera de la razón al mismo tiempo que la ensalza; habiendo contribuido al desarrollo y crecimiento de la escuela escéptica. ¡Tal es el paradero de las exageraciones!

En definitiva: por el racionalismo vemos que el hombre

se aísla y estrecha, si bien declarándose independiente y autónomo. Mas ¿qué linaje de autonomía es la suya? Es la independencia del menesteroso, que se opone á ser favorecido de los acaudalados; la autonomía del enfermo, que resiste á ser medicinado y asistido.

El hombre más sabio y afortunado es semejante á la plaza populosa y fuerte, frecuentada de muchedumbre de forasteros, que le llevan las riquezas y la vida con visitarla y recorrerla: imaginad que la plaza comete la ligereza de proclamarse independiente de los pueblos, y cierra sus muros, y alza el puente levadizo de sus torreones: esa ciudad, ¿se enaltecerá con su independencia, ó perecerá en la soledad y el desamparo?

No, la magnificencia y el decoro del Soberano temible del mundo no se descubre en el frío y solitario aislamiento de su persona, sino en el acompañamiento y servicio de brillante y numeroso cortejo, de innumerable ejército que responde al imperio de su voz.

También el globo en que moramos, podía declararse absoluto y libre; ¿pero qué ganancia y provecho alcanzaba con la autonomía, si no venían á sus valles y collados los esplendorosos rayos del sol, y desquiciado de su centro, sumergido en espantosas tinieblas, ni germinaban las flores ni se abrigaba la esperanza de que sazonaran los frutos?

De igual manera esa razón y chispa de ingenio del hombre, si se aísla en el desamparo del racionalismo direis que campa por sus respetos, se basta á sí propia, es *sui juris*, emancipada y libre; ¡ah! pero dejarme añadir que esa brasa encendida, separada del rescoldo y las restantes brasas, se amortiguará bi n pronto en su emancipación y soledad; y la lumbre viva y el centelleo resplandeciente parará en frías cenizas y negro y repugnante carbón.

El racionalismo es el desquiciamiento de la razón humana; pretende elevarla tan alto, tan alto, que sa'ga de su elemento vital; y como los osados que ascienden en los globos á extremadas alturas, le falta aire que respirar, se desvanece y baja al suelo, muerta y carbonizada. Y no, señores.—¡Aire, aire, que se ahoga el alma! exclamaba el ma-